

Is 25,6-10 Mt 15,29-37

Com-padecer es padecer con el otro, con el que sufre por cualquier razón, con el necesitado. Solamente las personas que tienen un gran corazón, y una mirada que va más allá de sus intereses egoístas y que llega al corazón del otro, son capaces de manifestar auténtica compasión. Jesús es compasivo. Se preocupa de los enfermos, se acerca a ellos y los cura. Se preocupa también de los que se acercan simplemente a verlo y escucharlo. Busca comida para ellos. Posiblemente nos está diciendo que mostrar compasión es una de las formas mejores y mayores de dar testimonio del amor de Dios. Aver cuándo aprendemos la lección.

Jesús volvió a la orilla del mar de Galilea y, subiendo al cerro, se sentó en ese lugar. Un gentío muy numeroso se acercó a él trayendo mudos, ciegos, cojos, mancos y personas con muchas otras enfermedades. Los colocaron a los pies de Jesús y él los sanó. La gente quedó maravillada al ver que hablaban los mudos y caminaban los cojos, que los lisiados quedaban sanos y que los ciegos recuperaban la vista; todos glorificaban al Dios de Israel.

Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: “Siento compasión de esta gente, pues hace ya tres días que me siguen y no tienen comida. Y no quiero despedirlos en ayunas, porque temo que se desmayen en el camino.” Sus discípulos le respondieron: “Estamos en un desierto, ¿dónde vamos a encontrar suficiente pan como para alimentar a tanta gente?” Jesús les dijo: “¿Cuántos panes tienen ustedes?” Respondieron: “Siete, y algunos pescaditos.”

Entonces Jesús mandó a la gente que se sentara en el suelo. Tomó luego los siete panes y los pescaditos, dio gracias y los partió. Iba entregándolos a los discípulos, y éstos los repartían a la gente.

Todos comieron hasta saciarse y llenaron siete cestos con los pedazos que sobraron.

Is 26,1-6 Mt 7,21.24-27

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “No basará con decirme: ¡Señor!, ¡Señor!, para entrar en el Reino de los Cielos; más bien entrará el que hace la voluntad de mi Padre del Cielo.

Si uno escucha estas palabras mías y las pone en práctica, dirán de él: aquí tienen al hombre sabio y prudente, que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y se arrojaron contra aquella casa, pero la casa no se derrumbó, porque tenía los cimientos sobre roca. Pero dirán del que oye estas palabras mías, y no las pone en práctica: aquí tienen a un tonto que construyó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y se arrojaron contra esa casa: la casa se derrumbó y todo fue un gran desastre.”

En nuestra sociedad hay mucha gente que vive de las puras apariencias. No hay más que hojear las revistas del corazón y lo dicho se confirma. Pero también, a otros niveles, hay personas que cuidan tanto las apariencias que se olvidan del fondo.

Debe ser difícil y trabajoso cuidar tanto la imagen. Jesús nos invita hoy a vivir desde adentro, a ser de verdad lo que somos, lo que estamos llamados a ser.

Para que, cuando vengan los vientos, no se nos lleven por delante los adornos y descubramos que no tenemos nada. Para ser cristianos de verdad y no de apariencia. Y para eso no hay otro fundamento más que Jesús.

Este evangelio no relata un simple milagro. Nos habla de algo mucho más profundo. Poner en relación la necesidad humana –“¡Ten compasión de nosotros!”– y la capacidad de actuar de Dios con la fe de la misma persona. Jesús lo dice claramente: “Que suceda como ustedes han creído.” Da la impresión de que ni Dios mismo puede hacer algo más allá de lo que nosotros creamos. Vemos así cómo la fe es una relación personal con Dios, es un abrirse al misterio que nos supera y entrar por una vía de confianza ilimitada. Porque Dios es capaz de hacer que unos ciegos recobren la vista y de recrear la vida donde nosotros no vemos más que muerte.

Al retirarse Jesús, lo siguieron dos ciegos que gritaban: “¡Hijo de David, ten compasión de nosotros!” Cuando Jesús estuvo en casa, los ciegos se le acercaron, y Jesús les preguntó: “¿Creen que puedo hacer esto?” Contestaron: “Sí, Señor.”

Entonces Jesús les tocó los ojos, diciendo: “Hágase así, tal como han creído”. Y sus ojos vieron. Después les ordenó severamente: “Cuiden de que nadie lo sepa.” Pero ellos, en cuanto se fueron, lo publicaron por toda la región.

Jesús recorría todas las ciudades y pueblos; enseñaba en sus sinagogas, proclamaba la Buena Nueva del Reino y curaba todas las dolencias y enfermedades. Al contemplar aquel gran gentío, Jesús sintió compasión, porque estaban decaídos y desanimados, como ovejas sin pastor. Y dijo a sus discípulos: “La cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos. Rueguen, pues, al dueño de la cosecha que envíe trabajadores a recoger su cosecha.”

Jesús llamó a sus doce discípulos y les dio poder sobre los espíritus impuros para expulsarlos y para curar toda clase de enfermedades y dolencias.

Jesús se compadecía de la gente. Veía que estaban extenuados y abandonados. Por eso envió a los discípulos a predicar la buena nueva.

Porque aquella gente necesitaba un mensaje de esperanza, de vida. Eso es el Adviento.

Anunciar en nuestro mundo que hay futuro para todos. Que no estamos condenados a la muerte ni al fracaso. Que siempre es posible la reconciliación, el perdón, la salvación, la vida. Aunque la sociedad

no condene, aunque los amigos nos abandonen, aunque nuestra familia nos deje de lado, aunque nos sintamos vencidos y derrotados, siempre estará Jesús, Dios mismo, echándonos una mano y salvándonos.

En las autopistas modernas, hay que circular con mucho cuidado. Es necesario ponerse en el carril adecuado en el momento justo. Un error al tomar la salida o ponernos en el carril que no es, nos obligará a seguir circulando por muchos kilómetros alejándonos irremisiblemente de nuestro destino. No siempre es fácil volver atrás y recuperar el buen camino. Por algo parecido Juan el Bautista decía aquello de "Conviértanse, porque está cerca el Reino de los Cielos." Es relativamente fácil equivocarse en la vida. Por eso, hay que tomar las decisiones oportunas en el momento justo. Para no perder la pista del que es el Camino, la Verdad y la Vida.



**Is 11,1-10** Una rama saldrá del tronco de Jesé, un brote surgirá de sus raíces. Sobre él reposará el Espíritu de Yavé, espíritu de sabiduría y discernimiento, espíritu de prudencia y valentía, espíritu para conocer a Yavé y para temerlo, y hará que gobierne con el temor a Yavé. No juzgará por las apariencias ni se decidirá por lo que se dice, sino que hará justicia a los débiles y defenderá el derecho de los pobres del país.

Todas esas escrituras proféticas se escribieron para enseñanza nuestra, de modo que, perseverando y teniendo el consuelo de las Escrituras, no nos falte la esperanza. **Rom 15,4-9** Que Dios, de quien procede toda perseverancia y consuelo, les conceda también a todos vivir en buen acuerdo, según el espíritu de Cristo Jesús. Entonces ustedes, con un mismo entusiasmo, alabarán a una sola voz a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo.

**Mt 3,1-12** Por aquel tiempo se presentó Juan Bautista y empezó a predicar en el desierto de Judea; éste era su mensaje: "Renuncien a su mal camino, porque el Reino de los Cielos está cerca." Es a Juan a quien se refería el profeta Isaías cuando decía: Una voz grita en el desierto: Preparan un camino al Señor; hagan sus senderos rectos. Además de la piel que llevaba colgada de la cintura, Juan no tenía más que un manto hecho de pelo de camello. Su comida eran langostas y miel silvestre. Venían a verlo de Jerusalén, de toda la Judea y de la región del Jordán. Y además de confesar sus pecados, se hacían bautizar por Juan en el río Jordán.

Juan vio que un grupo de fariseos y de saduceos habían venido adonde él bautizaba, y les dijo: "Raza de víboras, ¿cómo van a pensar que escaparán del castigo que se les viene encima? Muestran los frutos de una sincera conversión, en vez de decir: «Abraham es nuestro padre.» Yo les aseguro que Dios es capaz de sacar hijos de Abraham aun de estas piedras. El hacha ya está puesta a la raíz de los árboles, y todo árbol que no da buen fruto, será cortado y arrojado al fuego. Yo los bautizo en el agua, y es el camino a la conversión. Pero después de mí viene uno con mucho más poder que yo -yo ni siquiera merezco llevarle las sandalias-, él los bautizará en el Espíritu Santo y el fuego. Ya tiene la pala en sus manos para separar el trigo de la paja. Guardará el trigo en sus bodegas, mientras que la paja la quemará en el fuego que no se apaga."

A los judíos Jesús no les gustaba. Pero como no podían eliminarlo por las buenas, acudían a Dios para justificar sus actos. Por eso lo acusan de blasfemo cuando objetivamente está haciendo el bien. Una vez más el nombre de Dios es usado en vano. Igual que en nuestros días. Igual que en tantos momentos de nuestra historia. La humanidad se ha servido de Dios demasiadas veces, del nombre de Dios, para justificar sus propios intereses y deseos durante toda su historia. En su nombre hemos matado y asesinado. ¿Cuándo nos daremos cuenta de que a Dios no debemos usarlo sino alabarlo por el bien que hace en medio de nosotros?

Un día Jesús estaba enseñando, y había allí entre los asistentes unos fariseos y maestros de la Ley que habían venido de todas partes de Galilea, de Judea e incluso de Jerusalén. El poder del Señor se manifestaba ante ellos, realizando curaciones. En ese momento llegaron unos hombres que traían a un paralítico en su camilla. Querían entrar en la casa para colocar al enfermo delante de Jesús, pero no lograron abrirse camino a través de aquel gentío. Entonces subieron al tejado, quitaron tejas y bajaron al enfermo en su camilla, poniéndolo en medio de la gente delante de Jesús.

Viendo Jesús la fe de estos hombres, dijo al paralítico: "Amigo, tus pecados quedan perdonados." De inmediato los maestros de la Ley y los fariseos empezaron a pensar: "¿Cómo puede blasfemar de este modo? ¿Quién puede perdonar los pecados fuera de Dios?"

Jesús leyó sus pensamientos y les dijo: "¿Por qué piensan ustedes así? ¿Qué es más fácil decir: "Tus pecados te quedan perdonados", o decir: "Levántate y anda"? Sepan, pues, que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados." Entonces dijo al paralítico: "Yo te lo ordeno: levántate, toma tu camilla y vete a tu casa." Y al instante el hombre se levantó a la vista de todos, tomó la camilla en que estaba tendido y se fue a su casa dando gloria a Dios.

Todos quedaron atónitos y alababan a Dios diciendo: "Hoy hemos visto cosas increíbles." Pues todos estaban sobrecogidos de un santo temor.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "¿Qué pasará, según ustedes, si un hombre tiene cien ovejas y una de ellas se extravía? ¿No dejará las noventa y nueve en los cerros para ir a buscar la extraviada? Y si logra encontrarla, yo les digo que ésta le dará más alegría que las noventa y nueve que no se extraviaron.

Pasa lo mismo con el Padre de ustedes, el Padre del Cielo: allá no quieren que se pierda ni tan sólo uno de estos pequeñitos."

Una parábola sencilla y campestre. No hace falta ser un entendido en cosas del campo para entenderla. Si cerramos los ojos, nos es fácil imaginar al pastor que va de campo en campo buscando a su oveja perdida. La conoce, la llama por su nombre.

Por eso la alegría inmensa cuando la encuentra. Otra vez su rebaño está completo.

Ya puede dormir tranquilo. Así es Dios, nos dice Jesús: quiere que su rebaño esté completo, que nadie se pierda, que todos se encuentren seguros en el redil. Por eso, en la

Iglesia nunca deberíamos excluir a nadie (eso es ir contra la voluntad de Dios) sino incluir. ¡Qué nadie se quede fuera!

No hemos terminado la primera semana de Adviento y ya nos encontramos con una fiesta dedicada a la Virgen María. Para que se nos haga familiar uno de los más importantes personajes de la Navidad. También el evangelio que hoy leemos se repetirá varias veces durante este mes. Es una historia sencillamente escrita pero increíblemente maravillosa. Nos hace abrir los ojos admirados ante esta mujer sencilla que fue capaz de abrir su corazón, sin límites, a la presencia de Dios, que se dejó llenar por él y que nos devolvió la esperanza con un sencillo "Sí". Vale la pena volver los ojos a la Inmaculada y alegrarnos con su alegría.

El sexto mes envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen prometida a un hombre llamado José, de la familia de David; la virgen se llamaba María.

Entró el ángel a donde estaba ella y le dijo: "¡Alegrate, llena de gracia, el Señor está contigo." Al oírlo, ella quedó desconcertada y se preguntaba qué clase de saludo era aquél. El ángel le dijo: "No temas, María, que gozas del favor de Dios. Mira, concebirás y darás a luz un hijo, a quien llamarás Jesús. Será grande, llevará el título de Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, para que reine sobre la Casa de Jacob por siempre y su reinado no tenga fin."

María respondió al ángel: "¿Cómo sucederá eso si no convivo con un hombre?" El ángel le respondió: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el consagrado que nazca llevará el título de Hijo de Dios. Mira, también tu pariente Isabel ha concebido en su vejez, y la que se consideraba estéril está ya de seis meses. Pues nada es imposible para Dios." Respondió María: "Yo soy la servidora del Señor: que se cumpla en mí tu palabra." El ángel la dejó y se fue.

En aquel tiempo, dijo Jesús a su gente: "Yo se lo digo: de entre los hijos de mujer no se ha manifestado uno más grande que Juan Bautista, y sin embargo el más pequeño en el Reino de los Cielos es más que él.

Desde los días de Juan Bautista hasta ahora el Reino de Dios es cosa que se conquista, y los más decididos son los que se adueñan de él.

Hasta Juan, todos los profetas y la Ley misma se quedaron en la profecía. Pero, si ustedes aceptan su mensaje, Juan es este Elías que había de venir. El que tenga oídos para oír, que lo escuche."

Interesante evangelio. Nos saca de la habitual perspectiva y lenguaje con que últimamente leemos todos los textos evangélicos. Jesús dice que "el Reino de los Cielos es combatido violentamente y los violentos intentan arrebatarlo". Nos devela así el otro lado de la realidad. Hay que ser fuerte para amar.

Oprimir, abusar, esclavizar, odiar, matar, son signos de debilidad.

Sólo los débiles y asustados hacen esas cosas. Jesús nos invita y nos llama a ser fuertes, poderosos. Tan fuertes y poderosos que podamos llegar a amar a los que nos quieren hacer mal. Son los nuevos tiempos del Reino. La radical novedad que Jesús nos ofrece.

Is 48,17-19 Mt 11,16-19

Nos ha tocado vivir en la era de los medios de comunicación y parece que los ojos se nos han acostumbrado a todo. Ya nada nos sorprende. Hemos visto la muerte retransmitida en directo desde el salón de nuestra casa, comodamente estirados en el sofá. O espectáculos increíbles que tenían lugar a miles de kilómetros de nuestra casa. Al final, todo nos da igual. Nos deja fríos. Ya ni el Evangelio nos sorprende. ¿Por qué iba a hacerlo? Es una historia antigua y un poco sosa, dirán muchos. Pero si nos quitásemos esa costra de rutina e indiferencia, nos sorprendería de verdad y nos llegaría al corazón la figura de Jesús, el testigo del Dios de la Vida y el Amor.

En aquel tiempo, dijo Jesús a su gente: “¿Con quién puedo comparar a la gente de hoy? Son como niños sentados en la plaza, que se quejan unos de otros: Les tocamos la flauta y ustedes no han bailado; les cantamos canciones tristes y no han querido llorar.

Porque vino Juan, que no comía ni bebía, y dijeron: Está endemoniado. Luego vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: Es un comilón y un borracho, amigo de cobradores de impuestos y de pecadores. Con todo, se comprobará que la Sabiduría de Dios no se equivoca en sus obras.”

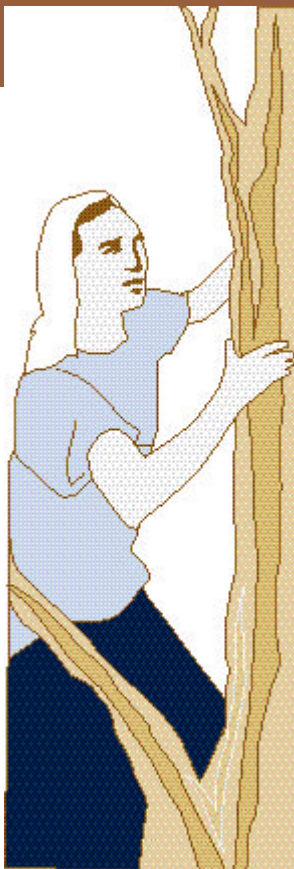
Ecli 48,1-4.9-11 Mt 17,10-13

Los discípulos le preguntaron: “¿Por qué dicen los maestros de la Ley que Elías ha de venir primero?” Contestó Jesús: “Bien es cierto que Elías ha de venir para reordenar todas las cosas. Pero créanme: ya vino Elías y no lo reconocieron, sino que lo trataron como se les antojó. Y así también harán sufrir al Hijo del Hombre.”

Entonces los discípulos comprendieron que Jesús se refería a Juan el Bautista.

Adviento es tiempo de esperanza y espera. Está lleno de señales para los que las quieren ver. Los periódicos de cada día son una buena mina de esas señales. Nuestras calles, nuestros vecinos, nuestra misma familia, el universo en el que vivimos, la maravilla de nuestro cuerpo, la vida que continúa, todo son señales para los que las quieren ver. Porque ahí es donde Dios se nos revela, donde podemos ver que el amor y la vida son más fuertes que la muerte y el odio. Pero hay que abrir los ojos y el corazón. Es lo que Jesús dice a los apóstoles: las señales están ahí pero no las quieren reconocer.

A veces, cuando hablamos de la Iglesia, nos referimos exclusivamente a la jerarquía. Es obvio que es una parte muy importante de ella. Pero los obispos no son "la" Iglesia. Es más, me atrevería a decir que hay otra parte de la Iglesia, la más de las veces oculta, que es su realidad más hermosa. Me refiero a los muchos cristianos que están dejando la vida al servicio de los demás. Son los misioneros. Son los voluntarios de Cáritas. Son los hombres y mujeres metidos en los sindicatos y en la política en nombre de su fe. Son los que visitan, sin que nadie los vea, a los enfermos. Por eso, "Vayan a contar lo que ustedes oyen y ven", que es mucho y bueno.



## 3° DOMINGO DE ADVIENTO

Nuestra Señora de Guadalupe

12

**Is 35,1-6, 10** Que se alegren el desierto y la tierra seca, que con flores se alegre la pradera. Que se llene de flores como junquillos, que salte y cante de contenta, pues le han regalado el esplendor del Líbano y el brillo del Carmelo y del Sarón. Ellos a su vez verán el esplendor de Yavé, todo el brillo de nuestro Dios. Robustezcan las manos débiles y afirmen las rodillas que se doblan. Diganles a los que están asustados: "Calma, no tengan miedo, porque ya viene su Dios a vengarse, a darles a ellos su merecido; Él mismo viene a salvarlos a ustedes."

Tengan paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor. Miren cómo el sembrador cosecha los preciosos productos de la tierra, que ha aguardado desde las primeras lluvias hasta las tardías. Sean también ustedes pacientes y no se desanimen, porque la venida del Señor está cerca. Hermanos: no se peleen unos con otros, y así no serán juzgados; miren que el juez está a la puerta. Consideren, hermanos, lo que han sufrido los profetas que hablaron en nombre del Señor y tómenlos como modelo de paciencia. **Sant 5,7-10**

**Mt 11,2-11** Juan, que estaba en la cárcel, oyó hablar de las obras de Cristo, por lo que envió a sus discípulos a preguntarle: "¿Eres tú el que ha de venir, o tenemos que esperar a otro?" Jesús les contestó: "Vayan y cuéntele a Juan lo que ustedes están viendo y oyendo: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, y una Buena Nueva llega a los pobres. ¡Y dichoso aquel para quien yo no sea motivo de escándalo!"

Una vez que se fueron los mensajeros, Jesús comenzó a hablar de Juan a la gente: "Cuando ustedes fueron al desierto, ¿qué iban a ver? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué iban ustedes a ver? ¿Un hombre con ropas finas? Los que visten ropas finas viven en palacios. Entonces, ¿qué fueron a ver? ¿Aun profeta? Eso sí y, créanme, más que un profeta. A éste se refiere el texto de la Escritura: Yo voy a enviar mi mensajero delante de ti, para que te preceda abriéndote el camino. Yo se lo digo: de entre los hijos de mujer no se ha manifestado uno más grande que Juan Bautista, y sin embargo el más pequeño en el Reino de los Cielos es más que él."

El tiempo de Adviento, donde tanto hablamos de esperanza, tiene también algo de camino a ciegas. Tenemos que seguir una senda por la que apenas alcanzamos a ver algunas indicaciones de dirección pero no sabemos a ciencia cierta dónde nos lleva. Es tiempo de confiar. No es tiempo de poner a prueba al que nos guía. Los judíos quisieron saber la autoridad con que Jesús actuaba. Quisieron poner a prueba al guía. Pero son pruebas inútiles. Es un camino que siempre tiene mucho de oscuridad. Y sólo los que se dejan orientar y confían en el guía encontrarán la senda buena, la que lleva a la vida.

Jesús había entrado al Templo y estaba enseñando, cuando los sumos sacerdotes y las autoridades judías fueron a su encuentro para preguntarle: “¿Con qué derecho haces todas estas cosas? ¿Quién te lo ha encargado?”

Jesús les contestó: “Yo también les voy a hacer a ustedes una pregunta. Si me la contestan, yo también les diré con qué autoridad hago todo esto. Háblenme del bautismo que daba Juan: este asunto ¿de dónde venía: de Dios o de los hombres?”

Ellos reflexionaron: “Si decimos que este asunto venía de Dios, él nos replicará: Pues ¿por qué no le creyeron? Y si decimos que era cosa de hombres, ¡cuidado con el pueblo!, pues todos consideran a Juan como un profeta.” Entonces contestaron a Jesús: “No lo sabemos.”

Y Jesús les replicó: “Pues yo tampoco les diré con qué autoridad hago estas cosas.”

En aquel tiempo, dijo Jesús a los sumos sacerdotes: “Díganme su parecer. Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero para decirle: «Hijo, hoy tienes que ir a trabajar en la viña.» Y él le respondió: «No quiero.» Pero después se arrepintió y fue. Luego el padre se acercó al segundo y le mandó lo mismo. Este respondió: «Ya voy, señor.» Pero no fue.

Ahora bien, ¿cuál de los dos hizo lo que quería el padre?” Ellos contestaron: “El primero.” Entonces Jesús les dijo: “En verdad se lo digo: en el camino al Reino de los Cielos, los publicanos y las prostitutas andan mejor que ustedes. Porque Juan vino a abrirles el camino derecho y ustedes no le creyeron, mientras que los publicanos y las prostitutas le creyeron. Ustedes fueron testigos, pero ni con esto se arrepintieron y le creyeron.”

Para seguir a Jesús no basta con conocer la teoría. Hay que llevarla a la práctica. Los santos no lo son por haber sabido mucha teología sino por haber vivido día a día el Evangelio. Eso es lo que Jesús nos dice con esta sencilla historia del hijo que dice que sí y luego no va y del que dice que no y luego va. Por eso, al final, Jesús nos recuerda que nos vamos a encontrar con sorpresas y que, quizá, algunos de los oficialmente excluidos de la Iglesia por pecadores, van a estar delante de nosotros en el Reino. La teología ayuda pero no es suficiente. Lo importante es vivir de acuerdo con lo que Jesús nos pide.

Is 45,6-8.18.21-25 Lc 7,18-23

El tiempo de Adviento está siempre cargado de dudas. A veces se hace difícil seguir caminando sin ver con claridad a dónde vamos. Hasta el mismo Juan Bautista tiene sus momentos de duda. Y envía a sus discípulos a preguntar a Jesús. La respuesta de este es clara. Viene a decir algo así como “no me miren a mí sino a lo que hago”. La respuesta vale para nosotros hoy también. Si queremos saber si estamos en el buen camino tenemos que mirar a la mucha buena gente que hay en la Iglesia y fuera de ella dando la vida por los demás. Si estamos con ellos, si tratamos de ser como ellos, entonces es que estamos en el buen camino.

En aquel tiempo, Juan llamó a dos de sus discípulos y los envió al Señor a preguntarle: “¿Eres tú el que había de venir o tenemos que esperar a otro?” Los hombres se le presentaron y le dijeron: “Juan el Bautista nos ha enviado a preguntarte si eres tú el que había de venir o si tenemos que esperar a otro.” En ese momento Jesús curó a muchos de enfermedades, achaques y malos espíritus; y devolvió la vista a muchos ciegos. Después les respondió: “Vayan a informar a Juan de lo que han visto y oído: los ciegos recobran la vista, los paralíticos caminan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres reciben la buena noticia. Y dichoso el que no tropieza por mi causa.”

Is 54,1-10 Lc 7,24-30

Los mensajeros de Juan se fueron, y Jesús empezó a hablar de Juan a la gente: “Cuando ustedes salieron al desierto, ¿qué iban a ver? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué iban a ver? ¿Un hombre con ropas finas? Pero los que visten ropas finas y tienen comida regia están en palacios. Entonces, ¿qué fueron a ver? ¿Un profeta? Eso sí, y créanme, más que profeta. Este es el hombre de quien la escritura dice: Ahora envío a mi mensajero delante de ti para que te preceda y te abra el camino. Yo les digo que entre los hijos de mujer no hay ninguno más grande que Juan Bautista; y sin embargo, el más pequeño en el Reino de Dios es más que él.”

Todo el pueblo escuchó a Juan, incluso los publicanos; confesaron sus faltas y recibieron su bautismo. En cambio, los fariseos y los maestros de la Ley no pasaron por su bautismo, y con esto desoyeron el llamado que Dios les dirigía.”

El hecho de que Juan tuviese dudas, como veíamos en el evangelio de ayer, no le quita nada de su grandeza. Tuvo valor para ser profeta en el desierto, para anunciar la primavera en medio de la más feroz sequía que pudiésemos imaginar. Anunció la esperanza en medio de la nada. Por eso fue un hombre de fe, capaz de ver con los ojos del Espíritu lo que nadie era capaz de ver. ¿Tuvo dudas? Sí, pero se supo dirigir a quien se las podía aclarar. Y reconoció los signos que Jesús hacía como signos de Dios. Como Juan, todos nosotros estamos llamados a ser profetas de la presencia de Dios en nuestro mundo.

A una semana de la Navidad, comienza un nuevo ciclo de lecturas. Nos quiere centrar en los personajes de esta Pascua. Lo primero de todo, decimos quién es Jesús. Su carnet de identidad, por así decir. Jesús es hijo de toda esa gente de la que habla el Evangelio. O dicho de otra manera, Jesús es plenamente humano. Sus padres, abuelos y muchos más están identificados. Es un primer dato que nos dice algo de lo que es Jesús. No explica todo lo que es. Pero es muy importante. Y conviene no olvidarlo. Jesús es hombre como cualquier otro. Pero en él se manifestará el amor de Dios. En Jesús, la humanidad se convierte en morada de Dios.

Libro de los orígenes de Jesucristo, hijo de David e hijo de Abrahán. Abrahán fue padre de Isaac, y éste de Jacob. Jacob fue padre de Judá y de sus hermanos. Judá fue padre de Fares y Zera, y Tamar fue su madre. Fares fue padre de Esrón y Esrón de Aram. Aram fue padre de Aminadab, Aminadab fue padre de Naasón y Naasón de Salmón. Salmón fue padre de Booz y Rahab su madre. Booz fue padre de Obed y Rut su madre. Obed fue padre de Jesé. Jesé fue padre del rey David. David fue padre de Salomón y su madre la que había sido la esposa de Urias.

Salomón fue padre de Roboam, Roboam fue padre de Abías. Abías fue padre de Asá, Asá fue padre de Josaphat, Josafat fue padre de Joram, Joram fue padre de Ocías, Ocías fue padre de Yotam, Yotam fue padre de Ajaz, Ajaz fue padre de Ezequías, Ezequías fue padre de Manasés, Manasés fue padre de Amón, Amón fue padre de Josías. Josías fue padre de Jeconías y de sus hermanos, en tiempos de la deportación a Babilonia.

Después de la deportación a Babilonia, Jeconías fue padre de Salatiel, Salatiel fue padre de Zorobabel. Zorobabel fue padre de Abiud, Abiud fue padre de Eliacim y Eliacim fue padre de Azor. Azor fue padre de Sadoc, Sadoc fue padre de Aquim y Aquim fue padre de Eliud. Eliud fue padre de Eleazar, Eleazar fue padre de Matán y Matán fue padre de Jacob. Jacob fue padre de José, esposo de María, de la que nació Jesús, llamado Cristo.

De modo que fueron catorce las generaciones desde Abrahán a David; otras catorce desde David hasta la deportación a Babilonia, y catorce más desde esta deportación hasta el nacimiento de Cristo.

Este fue el principio de Jesucristo: María, su madre, estaba comprometida con José; pero antes de que vivieran juntos, quedó embarazada por obra del Espíritu Santo. Su esposo, José, pensó despedirla, pero como era un hombre justo, quiso actuar discretamente para no difamarla.

Mientras lo estaba pensando, el Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: "José, descendiente de David, no tengas miedo de llevarte a María, tu esposa, a tu casa; si bien está esperando por obra del Espíritu Santo, tú eres el que pondrás el nombre al hijo que dará a luz. Yo llamaré Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados".

Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por boca del profeta: La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel, que significa: Dios-con-nosotros.

Cuando José se despertó, hizo lo que el Ángel del Señor le había ordenado y tomó consigo a su esposa.

Estamos ante uno de los dos relatos que nos hablan de la concepción de Jesús. Desde la perspectiva de José, el prometido de María, se nos dice que el niño que está creciendo en su vientre viene "del Espíritu Santo". Es una forma de poner nombre a lo incomprensible. Es una forma de anunciar que se va a producir un cambio de rumbo en la historia que no tiene parangón con ningún otro. Porque el nacimiento de ese niño va a abrir una nueva época: el tiempo del "Dios-con-nosotros". Lo mejor de todo es observar la actitud de José. Aunque casi seguro que no entendió, recibió la Palabra y facilitó la labor del Espíritu.

Este domingo ya está volcado sobre la Navidad. El final del Adviento está cerca. Pero todavía no estamos allá y es tiempo para mirar lo que va a suceder desde una cierta lejanía. El evangelio de hoy nos hace pensar en la relación entre José y María. Sabemos poquísimo de su vida en común. La piedad cristiana los ha idealizado mucho, quizá demasiado. Los dos tuvieron que vivir en la oscuridad. Los dos mirarían a su hijo con una mezcla de temor, curiosidad y esperanza. Los dos tuvieron que pasar por difíciles pruebas. Pero él era un hombre "bueno" y ella la "doncella del Señor". En fe hicieron su camino. Hoy se convierten en nuestro modelo.



Is 7,10-14

En aquellos días, Yavé se dirigió otra vez a Ajaz, por medio de Isaías, que le dijo: "Pide a Yavé, tu Dios, una señal, aunque sea en las profundidades del lugar oscuro o en las alturas del cielo." Respondió Ajaz: "No la pediré, porque no quiero poner a prueba a Yavé." Entonces Isaías dijo: "¡Oigan, herederos de David! ¿No les basta molestar a todos, que también quieren cansar a mi Dios? El Señor, pues, les dará esta señal: La joven está embarazada y da a luz un varón a quien le pone el nombre de Emmanuel, es decir: Dios-con-nosotros."

Rom 1,1-7

De Pablo, siervo de Cristo Jesús, apóstol por un llamado de Dios, escogido para el Evangelio de Dios. Esta Buena Nueva anunciada de antemano por sus profetas en las Santas Escrituras se refiere a su Hijo, que nació de la descendencia de David según la carne, y que ha sido designado Hijo de Dios por obra de su poder, al resucitarlo de entre los muertos el Espíritu de santidad. De él, Cristo Jesús, nuestro Señor, \* hemos recibido gracia y misión, para que en todas las naciones sea recibida la fe, para gloria de su nombre. A estos pueblos pertenecen ustedes, elegidos de Cristo Jesús que están en Roma, a quienes Dios ama y ha llamado y consagrado. Que de Dios, nuestro Padre, y de Cristo Jesús, el Señor, les lleguen la gracia y la paz.

Mt 1,18-24

Este fue el principio de Jesucristo: María, su madre, estaba comprometida con José; pero antes de que vivieran juntos, quedó embarazada por obra del Espíritu Santo. Su esposo, José, pensó despedirla, pero como era un hombre justo, quiso actuar discretamente para no difamarla. Mientras lo estaba pensando, el Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: "José, descendiente de David, no tengas miedo de llevarte a María, tu esposa, a tu casa; si bien está esperando por obra del Espíritu Santo, tú eres el que pondrás el nombre al hijo que dará a luz. Yo llamarás Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados". Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por boca del profeta: La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel, que significa: Dios-con-nosotros. Cuando José se despertó, hizo lo que el Ángel del Señor le había ordenado y tomó consigo a su esposa. Y sin que hubieran tenido relaciones, dio a luz un hijo, al que puso por nombre Jesús.

Los teólogos escribieron muchos libros sobre la encarnación y sobre la Virgen. Pero posiblemente ninguno de ellos llegó ni a los talones a todos esos artistas, poetas, pintores, escultores, que dejaron el corazón libre para, desde ahí, captar el profundo significado y la increíble belleza de una joven doncella galilea que recibe la visita de Dios en la casa sencilla de su corazón y que con su "sí" abre para toda la humanidad la puerta de la esperanza. Ahora es nuestra oportunidad para dejarnos embelesar por la sencillez y la majestuosidad de la escena. ¡Esto es Navidad y de la buena!

Al sexto mes el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una joven virgen que estaba comprometida en matrimonio con un hombre llamado José, de la familia de David. La virgen se llamaba María.

Llegó el ángel hasta ella y le dijo: "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo." María quedó muy conmovida al oír estas palabras, y se preguntaba qué significaría tal saludo. Pero el ángel le dijo: "No temas, María, porque has encontrado el favor de Dios. Concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, al que pondrás el nombre de Jesús. Será grande y justamente será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de su antepasado David; gobernará por siempre al pueblo de Jacob y su reinado no terminará jamás."

María entonces dijo al ángel: "¿Cómo puede ser eso, si yo soy virgen?" Contestó el ángel: "El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el niño santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios. También tu parienta Isabel está esperando un hijo en su vejez, y aunque no podía tener familia, se encuentra ya en el sexto mes del embarazo. Para Dios, nada es imposible." Dijo María: "Yo soy la servidora del Señor, hágase en mí tal como has dicho." Después la dejó el ángel.

Por entonces María tomó su decisión y se fue, sin más demora, a una ciudad ubicada en los cerros de Judá. Entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel. Al oír Isabel su saludo, el niño dio saltos en su vientre. Isabel se llenó del Espíritu Santo y exclamó en alta voz: "¡Bendita tú eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Cómo he merecido yo que venga a mí la madre de mi Señor? Apenas llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de alegría en mis entrañas. ¡Dichosa tú por haber creído que se cumplirían las promesas del Señor!"

¿Se han fijado en esa presencia casi continua del Espíritu en los evangelios de estos días? Todos los personajes están llenos de él. Por una vez el protagonista de la historia no es el hombre con su codicia, su ambición, su pequeñez de miras, su egoísmo. El Espíritu de Dios ha tomado las riendas de la historia y dirige los acontecimientos a donde él quiere. Dios se hace presente en nuestra historia abriendo hueco a la esperanza y ofreciéndonos una salida a la espiral de muerte y violencia en que estamos metidos. Hay que dejarse llenar por el Espíritu para conocer el auténtico rumbo de nuestra historia.

Donde hay amor ya no hay temor. Cuando dejamos que la presencia del Espíritu nos llene, nuestra relación con Dios ya no está dominada por el miedo sino por el amor. La mejor expresión de esa nueva relación con Dios (todo es nuevo en estos días) es el "Magnificat". El canto de María es absolutamente novedoso. Su forma de hablar de Dios expresa cómo María vivía esa relación. Dios se ha puesto de parte nuestra. Dios no dejará abandonados a los que sufren. Toda vida humana se llena de sentido porque él es el poderoso y lleno de misericordia. María ha captado la novedad y se deja llevar por esa nueva forma de relacionarse con Dios.

En aquel tiempo, María dijo: "Proclama mi alma la grandeza del Señor, y mi espíritu salta de contento en Dios mi Salvador, porque se fijó en su humilde esclava, y desde ahora todas las generaciones me llamarán feliz.

El Poderoso ha hecho grandes cosas por mí: ¡Santo es su Nombre! Muestra su misericordia siglo tras siglo a todos aquellos que viven en su presencia. Ha desplegado la fuerza de su brazo: deshizo a los soberbios y sus planes. Derribó a los poderosos de sus tronos y exaltó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías.

Socorrió a Israel, su siervo, se acordó de su misericordia, como lo había prometido a nuestros padres, a Abraham y a sus descendientes para siempre. María se quedó unos tres meses con Isabel, y después volvió a su casa."

Cuando le llegó a Isabel su día, dio a luz un hijo, y sus vecinos y parientes se alegraron con ella al enterarse de la misericordia tan grande que el Señor le había mostrado.

Al octavo día vinieron para cumplir con el niño el rito de la circuncisión, y querían ponerle por nombre Zacarías, por llamarse así su padre. Pero la madre dijo: "No, se llamará Juan." Los otros dijeron: "Pero si no hay nadie en tu familia que se llame así." Preguntaron por señas al padre cómo quería que lo llamasen. Zacarías pidió una tablilla y escribió: "Su nombre es Juan", por lo que todos se quedaron extrañados. En ese mismo instante se le soltó la lengua y comenzó a alabar a Dios.

Un santo temor se apoderó del vecindario, y estos acontecimientos se comentaban en toda la región montañosa de Judea. La gente que lo oía quedaba pensativa y decía: "¿Qué va a ser este niño?" Porque comprendían que la mano del Señor estaba con él.

Previo al nacimiento de Jesús, asistimos al de Juan. Debía ser así. Dios se está haciendo un hueco en nuestro mundo. Entra poco a poco. Sin hacer ruido. Como todas las nuevas vidas, nace en el dolor y la alegría, pero también en la fragilidad. Es una incógnita para su familia. ¿Qué va a ser de este niño? El nacimiento de Juan, como el de Jesús que celebraremos pasado mañana, es un verdadero Adviento, un momento de esperanza. Habrá que estar muy atento porque el Creador de la Vida es capaz de hacer que esa vida tan pequeña y frágil, la de todo recién nacido, se convierta en presencia viva de Dios en nuestro mundo.

El padre de Juan el Bautista, Zacarías, también está lleno del Espíritu Santo y por eso tiene otra forma de ver las cosas. Donde sus vecinos ven apenas la fiesta por el nacimiento de un niño, él es capaz de ver mucho más allá. Él ve la entrañable misericordia de nuestro Dios; ve que se realiza la misericordia prometida a nuestros padres, que nos visita el sol que nace de lo alto, y que viene para guiar nuestros pasos por el camino de la paz. Quizá sea cuestión de pararnos un poco y pensar quién tiene razón. Si nosotros, siempre tan cortos de vista, o Zacarías, que ve la presencia de Dios actuando la salvación en nuestra historia.

En aquel tiempo, Zacarías, el padre de Juan, lleno del Espíritu Santo, empezó a recitar estos versos proféticos:

“Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo. Ahora sale triunfante nuestra salvación en la casa de David, su siervo, como lo había dicho desde tiempos antiguos por boca de sus santos profetas: que nos salvaría de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian; que nos mostraría el amor que tiene a nuestros padres y cómo recuerda su santa alianza.

Pues juró a nuestro padre Abrahán que nos libraría de nuestros enemigos para que lo sirvamos sin temor, justos y santos, todos los días de nuestra vida. Ytú, niño, serás llamado Profeta del Altísimo porque irás delante del Señor para prepararle sus caminos, para decir a su pueblo lo que será su salvación.

Pues van a recibir el perdón de sus pecados, obra de la misericordia de nuestro Dios, cuando venga de lo alto para visitarnos cual sol naciente, iluminando a los que viven en tinieblas, sentados en la sombra de la muerte, y guiar nuestros pasos por un sendero de paz.”

En el principio era la Palabra, y la Palabra estaba ante Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba ante Dios en el principio. Por Ella se hizo todo, y nada llegó a ser sin Ella. Lo que fue hecho tenía vida en ella, y para los hombres la vida era luz. La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la apagaron.

Vino un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan. Vino para dar testimonio, como testigo de la luz, para que todos creyeran por él. Aunque no fuera él la luz, le tocaba dar testimonio de la luz. Ella era la luz verdadera, la luz que ilumina a todo hombre, y llegaba al mundo. Ya estaba en el mundo, este mundo que se hizo por Ella, o por El, este mundo que no lo recibió.

Vino a su propia casa, y los suyos no lo recibieron; pero a todos los que lo recibieron les dio capacidad para ser hijos de Dios. Al creer en su Nombre han nacido, no de sangre alguna, ni por ley de la carne, ni por voluntad de hombre, sino que han nacido de Dios. Y la Palabra se hizo carne, puso su tienda entre nosotros, y hemos visto su Gloria: la Gloria que recibe del Padre el Hijo único; en él todo era don amoroso y verdad.

¡Silencio! Hoy las palabras sobran. Basta con mirar y dejar que el corazón nos guíe hasta el centro de ese pesebre de Belén donde un niño recién nacido descansa o llora o mama, que es lo único que hacen los niños recién nacidos. No hay niño feo. Por supuesto. Todos son preciosos y se parecen a su padre y a su madre. Éste también; no es una excepción. Pero hay una diferencia: para los que se han dejado llenar por el Espíritu Santo, ese niño es la presencia viva y clara de Dios, es el salvador que

esperábamos, es la esperanza que necesitábamos. Por eso, ante este niño todos sentimos alegría y gozo, pero unos más que otros.

Dicen algunos que la vida de una familia se construye con mucho sacrificio. Diría mejor que se construye con mucho amor. Así es como se cuida a los hijos, como se conllevan los malos momentos de la pareja, como se hace que el hogar familiar sea una casa abierta y acogedora. En aquella familia de Belén, de Egipto y de Nazaret, fue donde Jesús experimentó por primera vez lo que es el amor, la confianza en los demás, el valor del trabajo diario y tantas otras cosas. Allí fue creciendo. Sin duda que, si de mayor fue capaz de reconocer a Dios como Padre, como Abbá, fue porque sus padres le enseñaron lo que era amar y amar sin límites.



**Ecll 3,2-6.12-14**

El Señor quiso que los hijos respetaran a su padre, estableció la autoridad de la madre sobre sus hijos. El que respeta a su padre obtiene el perdón de sus pecados; el que honra a su madre se prepara un tesoro. Sus propios hijos serán la alegría del que respeta a su padre; el día en que le implore, el Señor lo atenderá.

El que respeta a su padre tendrá larga vida; el que obedece al Señor será el consuelo de su madre. Hijo mío, cuida de tu padre cuando llegue a viejo; mientras viva, no le causes tristeza. Si se debilita su espíritu, aguántalo; no lo desprecies porque tú te sientes en la plenitud de tus fuerzas. El bien que hayas hecho a tu padre no será olvidado; se te tomará en cuenta como una reparación de tus pecados.

**Col 3,12-21**

Pónganse, pues, el vestido que conviene a los elegidos de Dios, sus santos muy queridos: la compasión tierna, la bondad, la humildad, la mansedumbre, la paciencia. Sopórtense y perdonéense unos a otros si uno tiene motivo de queja contra otro. Como el Señor los perdonó, a su vez hagan ustedes lo mismo. Por encima de esta vestidura pondrán como cinturón el amor, que lo hace todo perfecto. Así la paz de Cristo reinará en sus corazones, pues para esto fueron llamados y reunidos. Finalmente, sean agradecidos. Que la palabra de Cristo habite y se sienta a gusto en ustedes.

**Mt 2,13-15.19-23**

Después de que se fueran los Magos, el Ángel del Señor se le apareció en sueños a José y le dijo: "Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto. Quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes buscará al niño para matarlo." José se levantó; aquella misma noche tomó al niño y a su madre, y partió hacia Egipto.

Después de la muerte de Herodes, el Ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: "Levántate, toma contigo al niño y a su madre y regresa a la tierra de Israel, porque ya han muerto los que querían matar al niño." José se levantó, tomó al niño y a su madre, y volvieron a la tierra de Israel. Pero al enterarse de que Arquelao gobernaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allá. Conforme a un aviso que recibió en sueños, se dirigió a la provincia de Galilea y se fue a vivir a un pueblo llamado Nazaret. Así había de cumplirse lo que dijeron los profetas: Lo llamarán "Nazoreo".

Estos días posteriores a Navidad solemos tener un poco más de tiempo libre. Antes de Navidad todo ha sido un correr para comprar regalos, para participar en alguna fiesta, para preparar la casa. Muchas cosas. Pero todo ahora se detiene un poco. Es una buena oportunidad para sentarse un rato, tomar en nuestras manos esa Biblia que tenemos, quizá un poco arrinconada, y leer con tranquilidad las cartas de Juan en el Nuevo Testamento. No necesitamos más de media hora. Y encontraremos unos textos sencillos de leer que nos centrarán en lo más fundamental del mensaje cristiano. Lo demás son adornos. Bonitos, pero sólo adornos.

El primer día de la semana, María Magdalena fue corriendo en busca de Simón Pedro y del otro discípulo a quien Jesús amaba y les dijo: "Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto."

Pedro y el otro discípulo salieron para el sepulcro. Corrían los dos juntos, pero el otro discípulo corrió más que Pedro y llegó primero al sepulcro. Como se inclinara, vio los lienzos tumbados, pero no entró. Pedro llegó detrás, entró en el sepulcro y vio también los lienzos tumbados. El sudario con que le habían cubierto la cabeza no se había caído como los lienzos, sino que se mantenía enrollado en su lugar. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero, vio y creyó.

Después de marchar los Magos, el Ángel del Señor se le apareció en sueños a José y le dijo: "Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto. Quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes buscará al niño para matarlo."

José se levantó; aquella misma noche tomó al niño y a su madre, y partió hacia Egipto, permaneciendo allí hasta la muerte de Herodes. Así se cumplió lo que había anunciado el Señor por boca del profeta: "Llamé de Egipto a mi hijo."

Herodes se enojó muchísimo cuando se dio cuenta de que los Magos lo habían engañado, y fijándose en la fecha que ellos le habían dicho, ordenó matar a todos los niños menores de dos años que había en Belén y sus alrededores.

Así se cumplió lo que había anunciado el profeta Jeremías: "En Ramá se oyeron gritos, grandes sollozos y lamentos: es Raquel que llora a sus hijos; éstos ya no están, y no quiere que la consuelen."

La historia está llena de inocentes muertos. Lo que pasa es que desgraciadamente ni siquiera los muertos son iguales en nuestro mundo. Unos muertos valen más que otros. Unos tienen derecho a más tiempo en los medios de comunicación. Otros son simplemente olvidados.

La fiesta que hoy celebramos nos hace recordar a todos. A todos sin excepción. Que no se nos escape ni uno de esos inocentes (¿Es que hay alguno que sea de verdad culpable? ¿No somos todos inocentes?). Porque todos son hermanos nuestros; con ellos, con cada uno de ellos, también nos morimos todos nosotros un poco.

Santo Tomás Becket

1Jn 2,3-11 Lc 2,22-35

El niño que nos ha nacido va creciendo. Pasan los días y su vida está marcada por la normalidad. Sus padres cumplen con la ley de Moisés como todo judío practicante y van a Jerusalén a presentarlo al templo. Entregan la ofrenda de los pobres. Es un primer hecho que hay que resaltar. Pero hay otro dato importante. En medio de la normalidad hay personas que, de nuevo llenas del Espíritu Santo, son capaces de ver más allá de las apariencias. Uno de ellos es Simeón. Alaba a Dios porque ese niño es el salvador, la luz que alumbrará a las naciones. Hay que dejarse llenar por el Espíritu para ver la presencia de Dios en la vida ordinaria.

Cuando llegó el día en que, de acuerdo con la Ley de Moisés, debían cumplir el rito de la purificación, llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor, tal como está escrito en la Ley del Señor: Todo varón primogénito será consagrado al Señor. También ofrecieron el sacrificio que ordena la Ley del Señor: una pareja de tórtolas o dos pichones.

Había entonces en Jerusalén un hombre muy piadoso y cumplidor a los ojos de Dios, llamado Simeón. Este hombre esperaba el día en que Dios atendiera a Israel, y el Espíritu Santo estaba con él. Había sido revelado por el Espíritu Santo que no moriría antes de haber visto al Mesías del Señor. El Espíritu también lo llevó al Templo en aquel momento.

Como los padres traían al niño Jesús para cumplir con él lo que mandaba la Ley, Simeón lo tomó en sus brazos y bendijo a Dios con estas palabras:

“Ahora, Señor, ya puedes dejar que tu servidor muera en paz, como le has dicho. Porque mis ojos han visto a tu salvador, que has preparado y ofreces a todos los pueblos, luz que se revelará a las naciones y gloria de tu pueblo, Israel.”

Su padre y su madre estaban maravillados por todo lo que se decía del niño. Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: “Mira, este niño traerá a la gente de Israel caída o resurrección. Será una señal de contradicción mientras a ti misma una espada te atravesará el alma. Por este medio, sin embargo, saldrán a la luz los pensamientos íntimos de los hombres.”

1Jn 2,12-17 Lc 2,36-40

En aquel tiempo, había una profetisa muy anciana, llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. No había conocido a otro hombre que a su primer marido, muerto después de siete años de matrimonio. Permaneció viuda, y tenía ya ochenta y cuatro años. No se apartaba del Templo, sirviendo día y noche al Señor con ayunos y oraciones. Llegó en aquel momento y también comenzó a alabar a Dios hablando del niño a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén.

Una vez que cumplieron todo lo que ordenaba la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño crecía y se desarrollaba lleno de sabiduría, y la gracia de Dios permanecía con él.

Navidad es tiempo de cumplimiento de las promesas. Pero, como todo lo que sucede en este mundo, son siempre realizaciones parciales, limitadas, que en el fondo no hacen más que abrir camino a mayores promesas, a mayores realizaciones.

Ana, la anciana profetisa, ve en Jesús el cumplimiento de sus esperanzas. Da gracias a Dios por ello. Ve que en él se realiza la liberación de Israel. Pero la realidad es que el niño es todavía sólo eso, un niño. Se abre por delante un tiempo de crecimiento, de maduración. La gracia de Dios, esperamos, lo acompañará todos los días. Hasta que, ya mayor, se convierta en un signo maduro y más claro de la presencia de Dios.

Último día del año. Es tiempo de mirar atrás y dar un repaso a lo que ha sido este año.

¿Cómo recibimos la Palabra durante este año? ¿Hemos dejado que nos ilumine día a día? ¿Hemos dejado que su luz llegue hasta lo más ordinario de nuestras vidas, la rutina de los días, de nuestro trabajo, de nuestra vida de familia? Dice hoy el evangelio que la Palabra “vino a los suyos y los suyos no la recibieron”. Pero que “a todos los que la recibieron... les dio poder de llegar a ser hijos de Dios”. Hay que mirar ya al año que comienza, para que la Palabra sea el alimento de cada día, como el pan. Porque así descubriremos lo mejor de la Vida.

En el principio era la Palabra, y la Palabra estaba ante Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba ante Dios en el principio. Por Ella se hizo todo, y nada llegó a ser sin Ella. Lo que fue hecho tenía vida en ella, y para los hombres la vida era luz. La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la apagaron.

Vino un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan. Vino para dar testimonio, como testigo de la luz, para que todos creyeran por él. Aunque no fuera él la luz, le tocaba dar testimonio de la luz. Ella era la luz verdadera, la luz que ilumina a todo hombre, y llegaba al mundo. Ya estaba en el mundo, este mundo que se hizo por Ella, o por Él; este mundo que no lo recibió. Vino a su propia casa, y los suyos no lo recibieron; pero a todos los que lo recibieron les dio capacidad para ser hijos de Dios. Al creer en su Nombre han nacido, no de sangre alguna, ni por ley de la carne, ni por voluntad de hombre, sino que han nacido de Dios.

Ya Palabra se hizo carne, puso su tienda entre nosotros, y hemos visto su Gloria: la Gloria que recibe del Padre el Hijo único; en él todo era don amoroso y verdad. Juan dio testimonio de él; dijo muy fuerte: “De él yo hablaba al decir: El que ha venido detrás de mí ya está delante de mí, porque era antes que yo.”

De su plenitud hemos recibido todos, y cada don amoroso preparaba otro. Por medio de Moisés hemos recibido la Ley, pero la verdad y el don amoroso nos llegó por medio de Jesucristo. Nadie ha visto a Dios jamás, pero Dios-Hijo único nos lo dio a conocer; él está en el seno del Padre y nos lo dio a conocer.